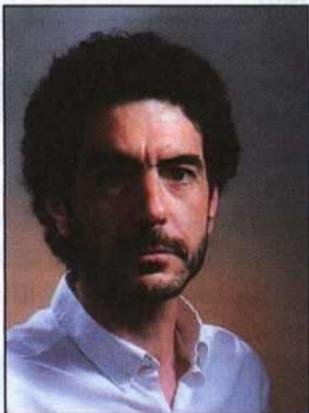


¿POR QUÉ LEER?

Un libro para cada ocasión



José Luis Polanco*

No creo que exista una única razón para leer. Al menos, no en mi caso. En cada momento, es algo distinto lo que me mueve a abrir un libro. Pero son siempre fasci-

nantes esos primeros momentos de acercamiento: el enigma que encierra el título; los colores y el tacto de la portada; la textura de sus páginas, el olor del papel y la tinta; la lectura de algunos fragmentos al azar; las primeras líneas, cuando todo es aún posible, todo expectativa y promesa.

A veces, leo para viajar, para huir de la cárcel de lo cotidiano y liberarme de las garras de la rutina; para escapar al discurso geométrico de la vida y salir al encuentro de lo maravilloso. El libro es entonces canto de sirena, y no deseo resistirme a la llamada de su voz mágica. Abro el libro para soñar, para sentir y emocionarme; para que se funda el mar helado que, en cuanto me descuido, gana terreno dentro de mí; o para ver si tengo la fortuna de encontrar, como Ulises, una nueva Nausica y un islote de felicidad respetado por el tiempo.

En otras ocasiones, leo para escuchar el sonido del silencio. Después de tanta palabra hueca con que a menudo me abruma la radio; de tanto escándalo y pestilencia como rezuman las páginas de los diarios; de tanta tragedia repetida como asoma a la pan-

talla del televisor, necesito alejar de mí el mundo que me rodea. Entonces el libro es refugio, soledad, música.

Hay momentos, por el contrario, en los que leo para sentir que no estoy solo, y quiero dialogar con voces amigas; descubrir que otros seres tienen, como yo, sueños y anhelos que compartir.

A veces, busco tan sólo sentir la caricia de las palabras redondas; paladear el sabor de esos vocablos que,

como recuerda Neruda, tienen sombra, transparencia, peso, plumas..., y que son espuma, hilo, metal, rocío.

Confieso que leo también para dejarme embaucar por esos maravillosos tejedores de mentiras que son los escritores; para quedarme pasmado, arrebatado, seducido por el embrujo de sus artificios, de sus ficciones. «Melancólicamente lo imaginaba en aquel viejo parque, con la luz crepuscular demorándose sobre las modestas estatuas, sobre los pensativos leones de bronce, sobre los senderos cubiertos de hojas blandamente muertas» (Sábado). Sé que es imposible resistirse a la atracción de su campo magnético, y me rindo gustoso al placer de la lectura.

«Lea estos libros —recomienda don Quijote—, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala.» Claro que... todos sabemos cómo acabó el insigne hidalgo. En fin, cada cual verá. ■

* José Luis Polanco es profesor y especialista en Literatura Infantil y Juvenil.



ÁNGELS COMELLA